



CAPÍTULO 13

DEL PRINCIPIO DE UN DEBATE

¿Ha de exigirse que una proposición sea apoyada? No se admite una moción en la cámara de los comunes, á no ser que esté apoyada por otro sujeto diferente de su autor, es decir, por un segundo que agrega su consentimiento.

Suponen que este reglamento es propio para desterrar aquellas mociones en que se hubiera consumido mucho tiempo sin fruto ninguno. Antes de ocupar con ellas á la asamblea, es necesario sondear á un amigo; y si no puede hallarse ni siquiera un aprobador, ¿qué mal resulta de que se abandone la moción?, ¿ni qué suerte le quedaria al autor para poder persuadir á la asamblea, si no ha podido lograrlo con ningun hombre de su eleccion? Pero por lo mismo es de cortísima eficacia este medio; es nulo contra las proposiciones de partido; lo es contra un hombre que tiene á un amigo condescendiente y facil en la asamblea, y tambien contra dos locos ó necios resueltos á sostenerse recíprocamente.

Por otra parte, no es aplicable mas que á proposiciones orijinarias; y no lo es á las que se orijan en el curso

pro. El impugnarla es tiempo perdido cuando no hay argumentos que producir en su favor, y los argumentos en *pro* han de presentarse los primeros, á fin de que los impugnadores tengan un punto fijo de proposición, y no se extravíen en vanas conjeturas.

Sería necesario convenir en esta palabra que denotase el fin del discurso, *he dicho*: esta expresión final impediría aquella especie de ansia e indecorosa impaciencia que se manifiesta en una asamblea, en que los que quieren hablar acechan todas las pausas accidentales del orador, y no esperan que haya acabado para quitarle la palabra.

Si el orador habla en pie, señala el fin de su discurso sentándose, y llega el ademán mas seguramente á los ojos que la palabra al oído. Esta regla es, pues, mas necesaria en una asamblea en que uno habla sentado que en la que habla de pie: pero es útil en todas partes, como un medio de asegurar al orador contra el temor de las interrupciones, y de conducir con decoro el debate.

El que lleva la palabra en una grande asamblea ha de estar en pie. La voz en esta actitud tiene mayor fuerza, es mas libre y variada; el orador ejerce mayor ascendiente sobre el auditorio; echa de ver mejor la impresión que hace: pero no podemos hacer de esto una regla absoluta, visto que no es posible fijar los límites entre una mayor y menor asamblea. Por otra parte, hay personas ancianas ó achacosas, para quienes sería semejante actitud muy fatigosa. No hemos de privar á un oficial herido del derecho de hablar por su patria; y lord Chatam, débil y consumido, estaba casi echado en su silla cuando hizo oír con varonil elocuencia los últimos acentos de su voz.

